

**PAUL AUBERT**

**España en el Mediterráneo  
(1860-1986)**

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	11
Una totalidad compleja .....	12
Una memoria fragmentada. Un mundo revuelto .....	15
Analogías, modelos y espejismos .....	20
PRIMERA PARTE. ESPAÑA VUELVE AL MEDITERRÁNEO (1860-1906) .....	25
<b>Introducción a la primera parte: <i>Ordenamiento del mar interior</i> .....</b>	<b>25</b>
<b>1. Geopolítica .....</b>	<b>27</b>
Las islas. Un lugar estratégico: entre las incursiones, el corso y el comercio ...	28
Consecuencias del cambio de dinastía: estrategia y desarrollo .....	33
Desplazamiento de las rutas comerciales hacia el Atlántico .....	34
Relaciones con el mundo árabe en el siglo XIX .....	37
Debilitamiento del imperio otomano .....	39
Cómo España vuelve a ser mediterránea: europeísmo y latinidad .....	42
<b>2. Exotismo .....</b>	<b>47</b>
De la España oriental al orientalismo español .....	47
Los bandidos .....	56
Viajeros románticos .....	61
Un género literario decimonónico: el libro de viaje .....	63
Erudición, hispanofilia y negocios: de los hermanos Humboldt a Marvaud .....	74
Usos políticos de la arqueología y de la historiografía .....	76
<b>3. Hispanismos .....</b>	<b>79</b>
De la hispanofilia francesa .....	80
El hispanismo francés erudito .....	82
El hispanismo francés científico .....	85
El hispanismo francés militante .....	88
El hispanismo alemán .....	91
El hispanismo italiano .....	94
El hispanismo inglés .....	95

<b>4. Inversiones extranjeras, especulaciones y turismo</b> .....	99
El Dorado minero y tentación proteccionista .....	99
Hombres de negocios, ingenieros y financieros extranjeros .....	105
Del proteccionismo a la apertura de la economía española en el siglo XIX.....	110
El peso de la deuda exterior .....	112
La inversión extranjera en la modernización industrial y el desarrollo de los transportes .....	116
Auge del turismo .....	118
Turistas contra trabajadores .....	126
<b>5. Representaciones</b> .....	129
Unas relaciones francoespañolas asimétricas .....	129
Imágenes dominantes y representaciones estereotipadas .....	132
Complot allende el Pirineo, represión en esta parte .....	134
Atracción-repulsión .....	137
Un aliado prudente en el Mediterráneo: Francia y la II República española.....	141
Desconfianza: España y las IV y V Repúblicas francesas .....	144
Recelos franceses .....	145
<b>Conclusión a la primera parte – <i>Un nuevo papel diplomático</i></b> .....	148
<b>SEGUNDA PARTE. RENACIMIENTO DE LAS NACIONES LATINAS</b> .....	151
<b>Introducción a la segunda parte: <i>Europa meridional, latinidad y colonialismo</i></b> .....	151
<b>6. España y la latinidad en el cambio de siglo</b> .....	155
Crisis finisecular .....	156
Decadencia de las naciones latinas .....	158
Del buen uso de la barbarie .....	161
España, reserva espiritual .....	164
El renacimiento latino ambiguo .....	166
La retórica de la regeneración .....	173
Hacia una refundación nacional .....	176
España y la modernidad .....	178
<b>7. De la «cuestión de Oriente» a la amistad hispano-italiana (1865-1925)</b> .....	183
«La nueva Italia»: de la epopeya a la utopía .....	184
El mito de Garibaldi .....	186
La Italia eterna: modelo político, referencia artística y auxiliar diplomático ....	189
¿Monarquías democráticas? Amadeo de Saboya, rey de España .....	191
Buscando nuevos territorios .....	197
El estatuto de Tánger .....	201
Fascismo y <i>Unión patriótica</i> : una falsa analogía .....	204
Del <i>Mare Nostrum</i> al desierto .....	208

<b>8. El renacimiento mediterráneo de España y la «cuestión marroquí» (1906-1921) ..</b>	209
La Conferencia de Algeciras .....	210
Una misión imposible .....	215
Un mal negocio .....	218
Propaganda y desestabilización alemanas .....	221
«El <i>tabú</i> , solución de todo problema» .....	224
¿Hacia un protectorado civil? .....	225
El ejemplo de Lyautey .....	227
<b>9. De la derrota al desembarco (1921-1925) .....</b>	233
De Annual a Monte Arruit .....	233
La campaña a favor de las responsabilidades (1921-1923) .....	235
El régimen puesto en tela de juicio .....	239
La crisis de Tánger y la retirada española .....	241
¿Una intervención francesa? .....	243
El desembarco hispano-francés de Alhucemas en 1925 .....	251
La rendición de Abd-el-Krim .....	253
<b>10. España y Marruecos: De la II República a la política árabe de Franco (1931-1975) .....</b>	255
La II República y Marruecos: entre el abandono y un régimen civil .....	255
La «cuestión española» .....	257
La política árabe de Franco .....	259
La Guerra de Ifni .....	261
La cooperación con Francia .....	264
El abandono del Río de Oro y la «Marcha Verde» .....	265
<b>Conclusión a la segunda parte – España, Europa y el Mediterráneo .....</b>	268
<b>CONCLUSIÓN .....</b>	269
Abreviaturas .....	271
Bibliografía .....	273
Agradecimientos .....	307

## INTRODUCCIÓN

Valorar experiencias o tópicos, más allá de la latinidad, la decadencia, el exotismo y el orientalismo que le impiden a España compartir el ritmo de las demás naciones desarrolladas, implica volver a considerar su situación en la Europa del Sur. Pero esta singularidad, que la lleva a evaluar el progreso material según otro rasero que el de los países industrializados del Norte, le permita quizá desempeñar ahora, tras el episodio de la colonización, desde la Unión europea, un papel de intermediario entre las naciones meridionales y septentrionales del Mediterráneo. Pues cuando está confrontado, en la vuelta de siglo, a la modernidad, este espacio de desilusiones y crispaciones, esta totalidad compleja que constituye el Mediterráneo con su memoria fragmentada, sus analogías, sus modelos y sus espejismos presenta ya, en un mundo revuelto, otro aspecto: el de un renacer ideológico y cultural. La transformación de esta frontera marítima entre tres continentes en espacio de civilización, abierto al intercambio y a la cooperación, consagra el nuevo papel internacional de España.

Desde los distintos enfoques, en los que se fundamenta la evolución de las relaciones internacionales, la globalidad sintética de este proyecto requiere una interdisciplinariedad, desde el estudio de la geopolítica y la economía hasta la historia del arte, de la literatura, de las representaciones ideológicas o de las transferencias culturales. Reflexionar sobre la realidad mediterránea desde la crítica de la Revolución francesa en el proceso de formación nacional, llevado a cabo por el liberalismo gaditano o el Risorgimento italiano, y ahora el auge del sentimiento europeo obliga también a comprobar, tras posibles alternativas con otros meridianos en Londres, París, Berlín, Viena, además de Roma, Atenas o Barcelona, que el multilateralismo actual implica la constitución y el ordenamiento de un espacio euromediterráneo a los que España tiene que contribuir.

## Una totalidad compleja

Si antaño ser mediterránea significaba para España no haber entrado en la historia reciente de la Europa liberal, a partir del siglo XX, reivindicar esta pertenencia le permite abrir una negociación con las demás potencias y plantear la cuestión de la frontera desde una perspectiva transnacional. De la latinidad a la *Mitteleuropa* austriaca o germana, que llega hasta Trieste o Bucarest, el territorio construido implica una expansión ideológica y económica. Situar a España en la Europa de principios de siglo, que considera el mar como una prolongación del Norte desarrollado o una frontera con el Sur exótico, en nombre de un utilitarismo abstracto o un proyecto colonial, obliga a entender por qué la grandeza de una nación se mide a su capacidad de expansión colonial.

España, que acaba a trompicones su descolonización americana, participa en un nuevo proceso colonizador con la vigilancia francesa, inglesa y alemana. Si vuelve a desempeñar un papel diplomático en la Europa de principios del siglo XX con la afirmación de sus ambiciones mediterráneas, en el siglo XXI, su actuación parece decisiva cuando se intuye que el porvenir de la UE depende del Mediterráneo aunque la nueva política se traduce en sus orillas por la tutela de organismos internacionales que tardan en dotarse de una política efectiva. Más allá de la latinidad, del orientalismo, de la decadencia y del renacimiento, le cuesta volver a ser solo mediterránea. No obstante, esta referencia le otorga una nueva imagen que le permite abandonar su estatuto de tierra por explotar por el de mediadora entre el Norte y el Sur.

Este supone un cambio de concepción de la nación y de su soberanía y de la importancia que se otorga al contexto en el ejercicio de esta. La memoria histórica de España es una mosaica: esta pierde su imperio, se ve reducida al espacio peninsular pero como todas las naciones necesita proyectar su identidad en el futuro de su entorno a cuya construcción quiere participar. España, que llega a ser una democracia y sabe qué papel quiere desempeñar en Europa, vuelve a tener una sociedad multiétnica. Se ha dotado de un estado providencia y de una enseñanza pública de calidad, ha dejado de lamentarse sobre su propia situación o de buscar culpas ajenas y no está ofuscada por las imágenes de una modernidad fuera de alcance. Sabe que su identidad nacional está moldeada por la cultura y el relato colectivo tanto como por su contribución a un porvenir europeo común. Pero quiere ir más allá de la fenomenología o de la casuística del espacio mental de las sociedades tradicionales. El mito, con su simbología, es ya razón y determinismo que nutre el historicismo fundado en una nueva identidad colectiva. Pues la historia muestra que las desigualdades se vencen por la educación y que el intercambio sujeta las derivas identitarias esencialistas.

España, que tarda en entrar en la modernidad industrial y en llevar a cabo su revolución burguesa, oscila pues entre dos concepciones de la nación: la universalista, vinculada, tras la Revolución francesa, a la historia, y la comunitaria, ligada culturalmente a la patria<sup>1</sup>. Elige, por fin, el internacionalismo porque ha superado su temor a la alteridad y descubierto los vínculos ideológicos en la Europa donde se forjaron los valores de libertad y los derechos civiles<sup>2</sup>. Tener en cuenta esta peculiaridad, al margen de una investigación sobre la evolución ideológica de la España contemporánea, obliga a identificar las circulaciones que implican el reconocimiento del espacio y a aunar varios enfoques históricos. Pues la identidad y el comportamiento nacionales son frutos de la ubicación de un país y de la percepción de esta por el mismo país y las demás potencias.

---

<sup>1</sup> Aubert, 2021: 17-26.

<sup>2</sup> Mascilli Migliorini, dir., 2009.

España construye en el siglo XIX su discurso patriótico contra la Europa del Renacimiento, de las Luces, de las ideas revolucionarias y de la modernidad en torno a la defensa de la catolicidad en la que se fundamenta su grandeza pasada, pero su concepción de la historia ha dejado de ser inmóvil y nacional<sup>3</sup>. Cuando vuelve a pensar en África como campo de su futura actuación internacional, tras el deseo de Moret de abrir el país al mundo exterior (lo que dista mucho de definir una política), la situación diplomática del país es confusa y estriba, como la de sus vecinos, en un intento impreciso de aunar la economía, la geopolítica y la defensa de la civilización. España acaba afianzando una vocación mediterránea, desde las conferencias internacionales de Viena (1815), Berlín (1885) y Algeciras (1906), conforme va liquidando los restos de su imperio americano, que pierde casi totalmente en 1825, conservando Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Luego en Barcelona (1995) y Roma (2007), aparece como un intermediario privilegiado por los países del Magreb en sus relaciones con los países europeos. No participa, tras la revolución industrial y el desarrollo de los transportes, en el reparto del mundo que se traduce por la explotación de las materias primas de África, cuando, tras un interés renovado por el norte de Marruecos entre 1856 y 1864, no puede extender sus posiciones africanas ni siquiera conservarlas. Pero manifiesta su deseo de contribuir a la segunda expansión colonial. Y vuelve al concierto de las naciones europeas, a principios del siglo XX, afirmando ambiciones más allá del Estrecho.

La conquista de Argelia por los franceses, en 1830, reactiva el debate en torno a la África del Norte latina anterior a la islamización. Lamartine celebra la misión civilizadora de su país y aboga, en 1834, a la vuelta de un viaje por Líbano y Palestina, por la soberanía francesa en el Magreb: «Entregar las riberas y las ciudades de África a unos príncipes árabes, equivaldría a confiar la custodia de la civilización a la barbarie»<sup>4</sup>. Pero sabe que también están en juego intereses comerciales: «¿Le vedaríamos nuestro comercio a nuestra marina mercante en esta ruta de Oriente que ya hemos vuelto a abrirle en el momento en que este Oriente va a ofrecerle nuevos destinos?» El cardenal Lavigerie, arzobispo de Argel, fundador de la *Société missionnaire d'Afrique* (la orden de los Padres blancos), hostil a la esclavitud<sup>5</sup>, partidario de una nueva cruzada, afirma, en 1868, que el islam embrutece al pueblo argelino y que hace falta devolver a la África del Norte su fe anterior<sup>6</sup>. Pero falta una base jurídica para crear un solo estado en ambas orillas en el que soñaron algunos durante casi un siglo<sup>7</sup>.

La historia del Mediterráneo es un ingente acopio de conocimientos cuya complejidad imposibilita cualquier enfoque sintético razonable. Pues une el estudio del espacio, de la historia y de sus representaciones, es decir lo real, lo simbólico y lo imaginario. El Mediterráneo es el lugar en que se ejercen influencias internacionales sea en nombre de la defensa de civilizaciones engendradas por las religiones reveladas, sea para garantizar las rutas comerciales. Luego España, después de haber rivalizado con las prácticas de los piratas otomanos, sigue el desplazamiento del eje del comercio occidental hacia el Atlántico y reduce su experiencia a un tráfico costero<sup>8</sup>. Durante el siglo XVIII, ocupada por las guerras europeas y la rebelión de sus colonias americanas, se interesa poco por el Mediterráneo aunque los Borbones reinan en España, Nápoles y brevemente en Cerdeña. Mientras los ingleses acaban adueñándose del tráfico marítimo hacia Oriente y de los lugares estratégicos, afirmando ambiciones planetarias, España, que ha perdido en 1792 sus territorios argelíes en Orán y Marzalquivir, parece contentarse con la posesión de presidios en la costa norte de Marruecos.

<sup>3</sup> Braudel, 1931: 231-266.

<sup>4</sup> *Journal des Débats*, París, 2-V-1834, cit. Merle, 1969: 263. Como siempre la traducción es nuestra.

<sup>5</sup> Su campaña incita a Gran Bretaña a reunir, en 1890, la conferencia de Bruselas en la que los representantes de dieciséis potencias deciden luchar contra el tráfico humano y suprimir las fuentes de abastecimiento de los negreros denunciando la presencia de esclavos negros en los países árabes (Heers, 1996, 2003; Pétré-Grenouilleau, 2004: 218). Ya en la conferencia de Berlín las potencias colonizadoras habían denunciado la trata organizada por los mercaderes árabes hacia los países de Oriente. Este combate de los antiguos opresores contra la trata favoreció la penetración occidental y el colonialismo en los países africanos (Zorn, 1995: 436), sustituyendo pues una dominación por otra que organizaba la explotación y el su desarrollo.

<sup>6</sup> Rey-Goldziguier, 1991: 501.

<sup>7</sup> Laurens, 1990.

<sup>8</sup> Bcly, 2016: 51-59; Gallaso, 2016: 18-19.